

# Jeremías 32

## Un rayo de esperanza en tiempos de tribulación

Dayton Keese

**S**i bien el capítulo 32 se refiere a una venta de bienes raíces, en realidad tiene que ver con la ruina nacional y con los planes de Dios para la restauración. La aparente insensatez de comprar propiedades que estaban ocupadas por un ejército invasor se transformó en un ejercicio para aumentar la fe, con el fin de mostrar que las profecías acerca de un retorno a la tierra, eran ciertas (31.38–40; 30.10–11, 18–20).

El año décimo de Sedequías (vers.º 1) era el año en que «el ejército del rey de Babilonia tenía sitiada a Jerusalén» (vers.ºs 1–2). Este ataque había comenzado en el mes décimo del noveno año y la ciudad lo resistió hasta el mes cuarto del undécimo año (vea 39.1–2).<sup>1</sup> En el momento de la transacción de bienes raíces que llevó a cabo Jeremías, Jerusalén estaba desesperada, sin ninguna esperanza de liberación. Las repetidas declaraciones de desastre estaban siendo confirmadas con indubitables pruebas. Por cierto que el uso del término «sitiar»<sup>2</sup>

<sup>1</sup> «A finales del noveno año del reinado del rey Sedequías (enero del 588 a. C.), el ejército babilonio comenzó el sitio de Jerusalén (52.4; 2º Reyes 25.1s). De conformidad con el sistema de cálculo judío, el año décimo de Sedequías habría comenzado entre marzo y abril del 588 a. C. En el verano del 588, los babilonios fueron obligados a levantar temporalmente el sitio de Jerusalén. Un ejército egipcio estuvo atacando por el sur y Nabucodonosor consideró que debía ocuparse de esta amenaza antes de efectuar la toma de Jerusalén (37.3–5). El ejército babilonio volvió poco después, exactamente como Jeremías había profetizado que sucedería (37.8)» (James E. Smith, *Jeremiah and Lamentations [Jeremías y Lamentaciones]*, Bible Study Textbook Series [Joplin, Mo.: College Press, 1972], 541).

<sup>2</sup> Del hebreo *tsur* —«... enderezar, avanzar, comprimir [...] Sal. 139.5 [...] avanzar contra alguien para perseguirlo

no le daba ninguna esperanza a Judá (vers.º 21.4–5). Jeremías le dijo a Sedequías que «de cierto [sería] entregado en mano del rey de Babilonia, y [hablaría] con él boca a boca, y sus ojos [verían] sus ojos» (vers.º 4).

Charles Ellicott dijo:

La profecía de Ezequiel [Ez. 12.13], y el hecho de que Nabucodonosor le sacó los ojos al rey cautivo [Jer. 39.7], le otorga una fuerza especial a la palabra que usó Jeremías. El rostro del gran rey, con todo el terror de su ira, había de ser lo último que Sedequías contemplaría sobre la tierra (2º Reyes 25.6–7; Jer. 39.6; 52.10–11).<sup>3</sup>

Cualquier resistencia que opusiera Sedequías no tendría éxito (vers.º 5).

En este peligroso ambiente, Dios dio un extraño mensaje a Su profeta, mensaje que tenía que ver con la compra de un campo (vers.ºs 6–15). Después se presenta la oración del profeta, en la cual se incluyó un homenaje a Dios (vers.ºs 16–25) y se reveló el plan de Dios para el presente y el futuro de Judá (vers.ºs 26–44).

### LA COMPRA DE UN CAMPO (32.6–15)

Jeremías jamás habría comprado un campo si Dios no se lo hubiera sugerido. Dios identificó a la

[...] Dt. 2.9; Éx. 23.22 [...] cortar [...] dividir» (Samuel Prideaux Tregelles, *Gesenius' Hebrew and Chaldee Lexicon [Léxico hebreo y caldeo de Gesenius]* [Plymouth: S. e., 1857; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967], 706).

<sup>3</sup> Charles J. Ellicott, *Ellicott's Commentary on the Whole Bible (Comentario Ellicott de toda la Biblia)*, vol. 5 (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1959), 110.

**ASUNTOS RELEVANTES. Tema:** El pueblo de Dios volverá a la tierra. **Ambiente:** Jeremías estaba en el patio de la cárcel. En el año décimo del reinado de Sedequías. **Gema de verdad:** 32.17: Nuestro Dios es grande.

*persona* que vendía la tierra (Hanameel, primo de Jeremías, al ser hijo de su tío Salum; vers.º 7) y *el plan* (Jeremías había de comprarse un campo en Anatot). Hanameel dijo a Jeremías: «Compra ahora mi heredad, que está en Anatot en tierra de Benjamín, porque tuyo es el derecho de la herencia, y a ti corresponde el rescate; cómprala para ti» (vers.º 8).<sup>4</sup> *El procedimiento* se llevó a cabo prestando suma atención a los detalles legales. El precio se estipuló y se aceptó: «diecisiete siclos de plata» (vers.º 9). Aunque este no habría sido un buen precio en tiempos normales, a Hanameel pareció complacerle que se le pagara algo por la tierra mientras el ejército de Babilonia acampaba sobre ella. Jeremías cumplió cada uno de los requisitos legales, incluyendo cartas de venta (selladas según el derecho y costumbre, y una copia abierta), testigos firmantes y colocación de los documentos legales en manos de Baruc, un amigo de confianza (vers.ºs 10–12).<sup>5</sup>

Es obvio que Dios supervisó esta transacción (vers.ºs 6–8), la cual incluyó el almacenamiento de las escrituras en una vasija de barro (vers.º 14) delante de varios testigos (vers.º 12). Al estar el ejército babilonio sitiando a Jerusalén, estaba claro como el día cuál era la lección que se quería enseñar mediante esta compra de tierra supervisada por Dios: «Aún se comprarán casas, heredades y viñas en esta tierra» (vers.º 15). James Smith explicó:

Con la compra del campo en Anatot, el profeta estaba demostrando de modo dramático su fe en la palabra de Dios en el sentido de que «[volverían a comprarse] casas, heredades y viñas en [aquella] tierra». ... esta fue una acción de lo más asombrosa de parte de Jeremías. A uno solo le queda adivinar qué clase de impacto tuvo este dramático acto sobre aquellos judíos que estaban presentes en el patio de la guardia (vers.º 12).<sup>6</sup>

<sup>4</sup> «La ley de tenencia de la tierra en el antiguo Israel estipulaba que una propiedad permaneciera dentro de una familia (Levítico 25.25). Si una parte de la propiedad tenía que ser vendida, el familiar más cercano tenía el deber y el derecho de comprarla. El procedimiento que se seguía en tales casos, está claramente delineado en el capítulo cuatro de Rut. La tribu de Leví no recibió herencia tribal después de la conquista, a los sacerdotes se les asignaron trece ciudades (Josué 21.19) y a los levitas cuarenta y ocho (Josué 21.41; Números 35.2–9). De allí que los sacerdotes habrían poseído propiedades que solo se podían vender a los mismos miembros de la tribu de Leví (Levítico 25.32–34)» (Smith, 544).

<sup>5</sup> Esta es la primera vez que se menciona a Baruc en el libro de Jeremías, sin embargo, él es prominente en los capítulos que siguen (36; 43; 45).

<sup>6</sup> Smith, 547.

## LA ORACIÓN DEL PROFETA: UN HOMENAJE A DIOS (32.16–25)

Durante los siglos que han pasado, muchas personas deben de haber anhelado que Dios los guíe en la compra de una casa, de una finca o de un negocio. Irónicamente, Jeremías recibió consejo directo de Dios en esta compra —una compra que podía haber dejado desconcertados a Jeremías, a Baruc y a todos los testigos. ¡Desde un punto de vista humano, la propuesta de Dios parecía combinar el momento menos oportuno, la propiedad menos adecuada y la persona menos indicada! No sorprende, pues, que el primer acto de Jeremías después de esta transacción, fue orarle a Él (vers.º 16). Fue fundamentalmente una oración de alabanza que tenía que ver con el Dios del pueblo (vers.ºs 17–22) y con el pueblo de Dios (vers.ºs 23–25).

Jeremías alabó a Dios por Sus maravillosos atributos:

*Poderoso* (vers.º 17). Al dirigirse al Hacedor del cielo y de la tierra, Jeremías dijo: «[no] hay nada que sea difícil para ti» (vers.º 17; vea Salmos 33.6–9; Job 42.1–6; Génesis 18.14).

*Compasivo* (vers.º 18). El profeta se refirió a Dios como Aquel que «[hace] misericordia a millares» (vea 9.24; 16.5; 31.3). La naturaleza extensiva del amor de Dios fue expresada completamente, pero no así su grandeza, ¡pues faltó decir que fue a millones que benefició, y no solamente a millares!

*Punitivo* (vers.º 18). Dios «[castiga] la maldad de los padres en sus hijos después de ellos» (vea 1º Reyes 14.9–13; 16.1–3). En lugar de imponer castigo por el pecado de un padre (vea 31.29–30; Ezequiel 18.4–20), este versículo advierte que la influencia de padres inicuos a menudo es repetida por hijos inicuos (Ezequiel 16.44; 18.2–4). Todos daremos cuenta a Dios (Romanos 14.10–12). ¡El Dios grande, poderoso y que lo sabe todo, puede castigar —y Él sabe a quién castigar!

*Perspicaz* (vers.º 19). Dios es «grande en consejo,<sup>7</sup> y magnífico en hechos». Un ojo que todo lo ve le vigila a usted (Hebreos 4.13), al ver «todos los caminos de los hijos de los hombres».

*Probado* (vers.º 20). ¡Los portentos y milagros de Dios habían dejado una impresión indeleble! Las diez plagas de Egipto habían dejado su huella en la tierra y en la humanidad (Éxodo 10.7). La

<sup>7</sup> Del hebreo *'etsah* —«... consejo que alguien formula [...] ejecutar un plan o consejo, Is. 30.1 [...] aconsejar, como la facultad de formular planes, esto es, prudencia, sabiduría, especialmente de Dios» (Tregelles, 647).

influencia seguía presente en los días de Jeremías. Dios realmente había «[hecho]<sup>8</sup> señales y portentos», haciéndose nombre (Salmos 147.1–5; 139.1–12; 96.1–8; 19.1–6).

*Protector* (vers.º 21). Dios había sacado a los israelitas de la esclavitud en Egipto mediante sus señales y portentos. Era importante que Judá recordara, cuando ya estaba a punto de completarse su caída bajo Babilonia, que el eternamente poderoso Dios, habiendo salvado a Su pueblo en el pasado, podía hacerlo otra vez.

*Prosperidad* (vers.º 22). Dios les había dado una tierra que fluía leche y miel. Una tierra que les estaba quitando ahora, pero que les podía volver a dar. ¡La compra que había hecho Jeremías era una prueba de esto! Su oración siguió en el versículo 23 —haciendo énfasis no tanto en el Dios del pueblo, sino en el pueblo de Dios.

*Castigo* (vers.º 23). Se presenta un resumen de los puntos en que el pueblo violó su pacto con Dios. 1) No obedecieron la voz de Dios, lo cual si hubieran hecho les habría significado bendiciones (Deuteronomio 28.1–14; Jeremías 22.1–4). 2) El no haber andado en Su ley hacía necesario un castigo como aquel que estaba relacionado con Silo (26.4–9). 3) No habían hecho nada de lo que Dios les mandó hacer. Ni siquiera estaban guardando el día de reposo (17.19–27). No tenían un dirigente que hiciera justicia y buscara verdad (5.1–6). Esta constante rebelión y rechazo de la voluntad de Dios justificaba la conclusión que decía: «Por tanto

<sup>8</sup> Del hebreo *sum* —«... colocar, situar [...] poner [...] dirigir el corazón o los pensamientos hacia [...] poner los pensamientos en» (Ibíd., 787).

[vers.ºs 23, 28, 36 ] has hecho venir sobre ellos todo este mal». El profeta de Dios había estado tratando con esta posibilidad por largo tiempo (11.11, 23; 16.9–13; 18.11, 17; 19.4–13, 15; 23.12; Daniel 9.8–14). A pesar de estar en prisión, Jeremías recibía noticias del sitio. Esto le daba certeza de que lo anunciado era cierto, de modo que podía exclamar: «¡Ahora sí! ¡Ha venido el mal!».

*Cumplimiento de las profecías* (vers.º 24). Las profecías que había dicho Jeremías de parte de Dios llegaron a ser realidad cuando los caldeos acometieron con arietes la ciudad para tomarla, arietes cuyo fin era romper los muros fortificados. Dios les había hecho repetidas advertencias con detalles a Su pueblo, acerca de lo que había de venir (1.12–13; 5.12–17; 14.14–16; 20.4–5).

*Planes para el futuro* (vers.º 25). La oración culminó con una referencia a la extraña compra de tierra. Esto es lo que leemos: «¡Oh Señor Jehová! ¿y tú me has dicho: Cómprate la heredad por dinero, y pon testigos; aunque la ciudad sea entregada en manos de los caldeos?». ¿Daba a entender esta aseveración del profeta, que él confiaba en Dios a pesar de la conquista?

... Fue en un momento como este, cuando las tinieblas eran de lo más densas, que un rayo de esperanza para el futuro se dio por medio del mandamiento en el sentido de comprar el campo en Anatot. Sin embargo, el mandamiento era tan extraño, y la esperanza parecía tan contraria a todas las posibilidades, que el profeta termina su oración dejando todo el asunto en las manos de Jehová.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Ellicott, 113.

## *La bondad y la severidad de Dios (32.36-44)*

### SU BONDAD

«He aquí que yo los reuniré de todas las tierras» (vers.º 37).  
 «... los haré habitar seguramente» (vers.º 37).  
 «... los haré volver a este lugar» (vers.º 37).  
 «Y les daré un corazón, y un camino [...] para que tengan bien ellos, y sus hijos después de ellos» (vers.º 39).  
 «Y haré con ellos pacto eterno [...] me alegraré con ellos haciéndoles bien» (vers.ºs 40–41).  
 «... traeré sobre ellos todo el bien que acerca de ellos hablo» (vers.º 42).  
 «... los plantaré en esta tierra en verdad [...] poseerán heredad en esta tierra [...] de Benjamín [...] Jerusalén [...] ciudades de Judá» (vers.ºs 41, 43).  
 «... les restituiré sus fortunas» (vers.º 44; NASB).

### SU SEVERIDAD

«... entregada será [Judá] en mano del rey de Babilonia...» (vers.º 36).  
 «... a espada, a hambre y a pestilencia» (vers.º 36).  
 «... los eché...» (vers.º 37).  
 «... con mi furor, y con mi enojo e indignación grande» (vers.º 37).  
 Me volví de ellos (implícito; vers.º 40).  
 «... traje sobre este pueblo todo este gran mal» (vers.º 42).  
 «[Su tierra está] desierta, sin hombres y sin animales» (vers.º 43).  
 «[Su tierra] es entregada en manos de los caldeos» (vers.º 43).

## EL PLAN DE DIOS: PRESENTE Y FUTURO (32.26–44)

El profeta había orado a Dios (vers.<sup>os</sup> 17–25). Ahora le correspondía a él escuchar. En los versículos 26 al 35, se dan los planes de Dios para el presente. Nabucodonosor conquistaría la ciudad y la pondría a fuego, porque Dios había entregado a Jerusalén «en mano de los caldeos» (vers.<sup>os</sup> 28–29). Un doloroso precio debía pagarse. La razón para la provocación de la ira de Dios puede relacionarse con cuatro violaciones que habían hecho «los hijos de Israel y los hijos de Judá» (vers.<sup>os</sup> 30, 32):

*Sus obras eran malas* (vers.<sup>o</sup> 30). Los reyes, los príncipes, los sacerdotes, los profetas y los moradores de Jerusalén, todos, habían hecho lo malo (vers.<sup>o</sup> 32). En los círculos civiles, sociales, domésticos y religiosos, había prevalecido la rebelión flagrante (7.9–10; 6.13–15).

*El irrespeto de ellos* (vers.<sup>o</sup> 33). Dios dijo: «me volvieron la cerviz, y no el rostro» (vea 2.27; 18.17; 2<sup>o</sup> Crónicas 29.6; Ezequiel 8.16–18; 23.35). ¿Qué podrá haber más irrespetuoso que volverle la espalda a alguien que le habla a uno con preocupación y convicción? Dios había recibido repetidamente este trato cuando procuró enseñarle a Judá. Ellos venían a Su lugar de adoración, pero rehusaban oír a Sus profetas (7.25–28).

*El desprecio de ellos* (vers.<sup>o</sup> 33) era notorio, pues «no escucharon para recibir corrección».

*Sus abominaciones y apostasías* (vers.<sup>os</sup> 34–35) incluían una detestable idolatría que hacía inmunda la tierra (2.28; 11.12–13) —incluso la casa de Dios. ¡La abominación que constituía el ofrecer hijos e hijas a Moloc era una de las formas como Jerusalén se había llenado de sangre inocente! (Vea 7.30–34; 19.4–6.) ¡Dios no había pedido tal clase de devoción enferma, sin embargo el pueblo se la daba alegremente a otros dioses! ¡*Las manos, la cerviz, los oídos y las mentes de ellos estaban en contra de Dios!*

Dios introdujo Sus planes para el futuro de Judá en los versículos 36 al 44 con otro significativo «con todo». En lugar de esparcir a Su pueblo, Dios los reuniría (vers.<sup>o</sup> 37). En lugar de dar la espalda a Dios, se volverían a Él (vers.<sup>o</sup> 40). En lugar de remordimiento y pena, habría regocijo (vers.<sup>o</sup> 41); en lugar de salir de la tierra, volverían a vivir en ella (vers.<sup>os</sup> 43–44). Este último punto sirvió para darle culminación a la enseñanza inicial de Dios en el sentido de que Jeremías le comprara la tierra a Hanameel. Este pasaje muestra la bondad y la severidad de Dios (vea Romanos 11.22). Observe las siguientes verdades en relación con la tabla que

se presentó en la página 3: 1) Dios es grande, y nosotros dependemos de Él para todo lo bueno. 2) Nuestro Dios es un Dios de justicia. Él castiga a los desobedientes y bendice ricamente a los que le obedecen. 3) Las decisiones temporales de esta vida están ligadas con galardones eternos, o con consecuencias que producirán ya sea regocijo eterno o remordimiento eterno (vers.<sup>o</sup> 40; Hebreos 13.20–21; Mateo 25.31–46; 2<sup>a</sup> Corintios 5.10–15; Juan 5.28–29; 12.48).

Note el uso de la primera persona (vers.<sup>os</sup> 37–42, 44), que recalca la autoridad de Dios. ¡No hay duda de que somos dependientes! ¿Quién otro sino Dios podía hacer todo esto?

El capítulo 32 contiene una simple pero significativa demostración de la estabilidad de Dios en tiempo de conflictos. Da razones para esperar en Él cuando estamos indefensos, y fortalece la confianza en el presente, aun en medio de la crisis del presente.

¡Dios le dio a Su profeta una responsabilidad y actitud singulares para convertirse en el vocero que debía ser! S. Conway dijo:

Le concedió que sintiera de nuevo la bendita verdad de que *nada* había difícil para el Señor (vers.<sup>o</sup> 27). Por lo tanto no importaba, aunque no pudiera entender todos los caminos de Dios, aunque los ejércitos de los caldeos estuvieran retumbando a las puertas de Jerusalén, aunque el pueblo se hubiera vuelto un caso tan perdido de iniquidad. «Con todo» (vers.<sup>o</sup> 36) «dice Jehová», y luego sigue toda una serie de afirmaciones acerca de lo que Dios hará, en las cuales Dios imprime nuevamente en el alma de Su siervo la certeza de las cosas que ya Él ha declarado. Y más de lo que ha declarado habrá de ser: una restauración espiritual así como literal. Y luego (vers.<sup>os</sup> 43–44), refiriéndose a la propia transacción de Jeremías, «poseerán heredad en esta tierra», etc. Lo que parecía tan irrazonable y desesperanzado, debía ser algo que ocurriría todos los días en los tiempos benditos de la restauración que Dios sin duda haría realidad. La enseñanza, por lo tanto, para toda alma desconcertada es esta: Usa la fe que ahora tienes; cuéntale a Dios acerca de todos tus desconciertos; recibe la nueva certeza de su fidelidad que él sin duda te dará.<sup>10</sup>

¿Qué lecciones podemos aprender de la bondad y de la severidad de Dios?

<sup>10</sup> S. Conway, en T. K. Cheyne y W. F. Adeney, *The Pulpit Commentary (El comentario del púlpito)*, vol. 11, *Jeremiah, Lamentations (Jeremías, Lamentaciones)*, ed. H. D. M. Spence y Joseph S. Exell (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 2:58.